

HOMENAJE A DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

ALFONSO CABELLO JIMÉNEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Excmo. Sr. Director.
Ilustrísimos Señores Académicos.
Señoras y señores, amigos todos.

En primer lugar, quiero agradecer al Instituto de Estudios Gongorinos de la Real Academia de Córdoba, que me haya invitado a participar en este merecido homenaje a don Luis de Góngora.

Durante los últimos setenta y cinco años, la figura de don Luis de Góngora ha tenido una profunda rehabilitación, motivada por una crítica favorable, que ha demostrado que es el poeta más importante del Siglo de Oro, después de varias centurias en un lamentable olvido. Este renacer de Góngora y su escuela, es debido a la ingente cantidad de estudios surgidos durante los últimos años, además de excelentes antologías y publicaciones, que facilitan al estudioso la documentación necesaria para su investigación. Entre los investigadores más destacados se encuentran Dámaso Alonso, autor de *La lengua poética de Góngora* (1935), *Estudios y ensayos gongorinos* (1955) y *Góngora y el Polifemo* (1967) entre otros; Emilio Orozco Díaz, autor de *En torno a las Soledades de Góngora* (1969) y *Lope y Góngora frente a frente* (1973); Antonio Carreira publica *Gongoremas* en 1998; Robert Jammes, entre cuyas obras destaca *La obra poética de don Luis de Góngora y Argote* (1987); José María Ortiz Juárez en su libro *Hilar la memoria de Góngora*; Manuel Gahete Jurado, en su magistral glosa del soneto *A Córdoba* y por último, Antonio Cruz Casado, en sus trabajos de investigación *Góngora a la luz de sus comentaristas* y *Secuelas de la Fábula de Polifemo y Galatea*.

Algunos críticos afirman que Luis de Góngora es un renacentista en el Barroco, su formación es completamente renacentista, conoce el latín y el griego, y es un ferviente defensor de Petrarca y de las corrientes artísticas del Renacimiento. Es el supremo arquetipo del poeta puro, dotado de una rigurosa exigencia estética, que convierte su obra en una mera creación intelectual. El racionero cordobés es, ante todo, el creador de una nueva manera de hacer poesía y pone su sello inconfundible en la lírica del Barroco. Pero no es solamente una nueva manera de hacer poesía, sino el creador de un nuevo lenguaje poético, originando una poesía culta y artificiosa, caracterizada por una espléndida riqueza idiomática que coexiste con una extremada complejidad interna. Su originalidad está en la exquisita maestría para saber aprovechar los recursos culteranos que se venían utilizando desde el Renacimiento. Góngora intensifica la utilización de los medios estilísticos, valiéndose de la metáfora, el hipérbaton, la perífrasis, el neologismo, las constantes referencias mitológicas y la utilización de un lenguaje aristocrático y culto, inyectándole al poema una vibrante musicalidad, especialmente en los grandes poemas de su madurez, como la *Fábula de Polifemo y Galatea*, en las *Soledades*

des, escritas ambas entre los años 1612-14, y en una multitud de sonetos; aunque contrastan con la frescura y espontaneidad de sus romances y letrillas populares, esto divide la obra de Góngora en dos periodos diferentes: uno claro y sencillo y otro oscuro y rebuscado. Góngora “príncipe de la luz” y “príncipe de las tinieblas”, como dice el humanista murciano Francisco Cascales en sus *Cartas filológicas*. Aunque Dámaso Alonso ha demostrado que esta división de Cascales es falsa, porque en todas las épocas ha existido lo fácil y lo difícil. Góngora es sin duda el mejor de los poetas del siglo XVII, pero a pesar de todo tiene sus detractores, con quienes sostiene una enconada polémica entre dos tendencias literarias: el culteranismo y el conceptismo.

El culteranismo se refiere a una tendencia literaria iniciada en España entre los siglos XVI y XVII y es una brillante manifestación del Barroco. Este movimiento es seguido por una pléyade de poetas como el granadino Pedro Soto de Rojas, quien en su libro *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*, manifiesta la tendencia elitista de la poesía culterana; el baenense Luis Carrillo de Sotomayor, con su *Libro de la erudición poética o Lanzas de las musas contra los indoctos*, considerado por algunos críticos como una de las primeras poéticas culteranas; Pedro Espinosa, natural de Antequera y autor de la antología *Flores de poetas ilustres*, publicada en 1605, siendo Luis de Góngora el autor que más poemas tiene en dicha antología; el conde de Villamediana, entre cuyas obras figuran *Fábula de Apolo y Dafne* y *Fábula de Venus y Adonis*, con una clara influencia gongorina; pero el poeta más importante de esta corriente literaria es, sin ninguna duda, don Luis de Góngora y Argote, a quien fray Hortensio Félix de Paravicino dedica su *Himno al amanecer*.

Don Luis de Góngora es quien tiene todo el protagonismo en este movimiento de la lírica culta, hasta el punto de que culteranismo y gongorismo llegan a identificarse, y don Luis es el objetivo principal de los desafortunados ataques de Francisco de Quevedo y Lope de Vega, quienes tachan al poeta cordobés de pedante y enrevesado. La crítica hostil hacia Góngora continúa hasta la época de don Marcelino Menéndez Pelayo, quien trata con desdén las obras poéticas más representativas de nuestro querido don Luis, como son la *Fábula de Polifemo* y *Galatea* y las *Soledades* en su obra *Historia de las ideas estéticas*, publicada en 1884. Posteriormente, en la celebración del tricentenario de la muerte de don Luis de Góngora, los poetas de la Generación del 27 admiran y reconocen la valía del poeta cordobés, como lo manifiesta Dámaso Alonso en sus *Estudios y ensayos gongorinos*, y don Luis es coronado y tratado con honores en la revista *Litoral*. A pesar de que en España es donde el culteranismo tiene su mayor influencia, también tiene partidarios en Europa, como Marino en Italia, autor de *Adonis*, su mejor obra literaria, que sigue la corriente gongorina, conocida en Italia con el nombre de marinismo.

Góngora empieza su actividad literaria en los años de estudiante en Salamanca, y su producción es casi exclusivamente poética; aparte queda el *Epistolario* y su breve obra dramática *Las firmezas de Isabela* y el *Doctor Carlino*. Su obra poética está compuesta por un centenar de romances, otro centenar de letrillas, casi dos centenares de sonetos, una treintena de poemas de arte mayor y sus grandes obras, la *Fábula de Polifemo* y *Galatea*, las *Soledades* y el *Panegírico al duque de Lerma*.

Las letrillas y los romances son los preferidos para la burla, la sátira o los galanteos amorosos. Una letrilla dice:

*Ande yo caliente
y ríase la gente.
Traten otros del gobierno*

del mundo y sus monarquías,
 mientras gobiernan mis días
 mantequillas y pan tierno,
 y las mañanas de invierno
 naranjada y aguardiente,
 y riase la gente.

Con la *Fábula de Polifemo y Galatea* don Luis de Góngora llega a la plenitud de su nuevo y original estilo poético. Esta fábula narra los amores del pastor Acis con la ninfa Galatea, de quien está enamorado el cíclope Polifemo, que da muerte al pastor, que los dioses convierten en río.

Con las *Soledades* emprende Góngora la realización de una obra aún más compleja y libre que *Polifemo*, dividida en cuatro partes, según algunos críticos es la representación de las cuatro edades del hombre; aunque sólo escribe la primera Soledad, la *Soledad de los campos*; y parte de la segunda Soledad, la *Soledad de las riberas*, dejando solamente enumeradas la *Soledad de las selvas* y la *Soledad del yermo*.

Estas dos obras son las que han levantado la mayor polémica de la Historia de la Literatura, han tenido ardientes seguidores y desenfrenados detractores, aunque el reconocimiento de don Luis de Góngora ha ido aumentando, sobre todo, a partir de la Generación del 27, porque todos sus componentes militaron bajo la bandera del insigne poeta cordobés.

Don Luis también tiene desagradables contratiempos, como la inesperada muerte de su sobrino Francisco de Saavedra, en una reyerta callejera en 1605, que sumerge a don Luis en una profunda tristeza y un largo calvario de procesos judiciales. De febrero a mayo de 1607, los pasa don Luis en las propiedades de don Francisco de Guzmán y Zúñiga y doña Catalina de la Cerda, marqueses de Ayamonte, donde olvida, aunque sea temporalmente, la angustiada espera de un resultado judicial, que al final es favorable para los culpables. Desengañado de la justicia y desilusionado de sus amigos y protectores aristocráticos, compone los poemas con más profundo calado personal, los célebres tercetos morales. Seguramente en este periodo, tan doloroso para don Luis, se fueron gestando sus famosas *Soledades*.

Don Luis de Góngora y Argote, considerado el mejor poeta del Siglo de Oro español, muere en Córdoba el día 23 de mayo de 1627, sin ver publicada su obra poética obra enormemente difundida en copias manuscritas, y que don Antonio Chacón, Señor de Polvoranca, un gran aficionado a la poesía del racionero cordobés, recopila en un manuscrito, en tres volúmenes, casi la totalidad de su obra. Este gran manuscrito en pergamino se conoce con el nombre de *Manuscrito Chacón* y es considerado como una obra maestra de la caligrafía española, que se encuentra en la Biblioteca Nacional. Gracias a esta excelente obra manuscrita, ha llegado hasta nosotros la obra poética de nuestro querido don Luis de Góngora y Argote.

Como homenaje a don Luis de Góngora le dedico los siguientes seis sonetos.

TODO ES IGUAL

Todo es igual y todo es divergente,
 inmutable y cambiante cada día.
 El mar, la luz, el viento y la alegría,
 siempre inestable y siempre permanente.

La noche extraña, gélida y caliente,
el mismo barco anclado en la bahía.
El mismo corazón. La fantasía
siempre es igual y siempre diferente.

Y en esta permanente diferencia,
se deshoja la rosa con el viento,
rompiendo brutalmente su inocencia.

La misma rosa ecuánime y austera,
siempre distinta y con el mismo aliento,
florece nuevamente en primavera.

EL HOMBRE

Naciste de la tierra. En ella moras.
Subiéndote su savia hasta la frente.
Arcilla quebradiza y penitente.
Te duele la existencia cuando lloras.

Tu vida imprevisible la valoras.
Creyéndote vivir eternamente,
y olvidas que la vida de repente
se puede quebrantar en pocas horas.

Observa como asciende por tus venas,
el eco de una triste sinfonía
que busca el corazón y siempre aterra.

La vida es como un canto de sirenas.
Una dulce y extraña melodía
que vuelve a las entrañas de la tierra

COMO EL CIPRÉS

Como el ciprés luchando contra el viento,
me siento solitario en la llanura.
Como el ciprés. Mi flébil desventura
ha perdido de golpe su argumento.

Ya no sé ni siquiera lo que siento.
Mi frágil corazón siempre procura,
no rendirse jamás a la locura
de un terrible y absurdo desaliento.

Como el ciprés que está perdiendo el duelo,
está mi corazón en su morada,
luchando abiertamente con desvelo.

Como el ciprés. ¡Qué triste desconsuelo!
Tener la tierra a la raíz pegada,
mientras se mira sollozando al cielo.

LA MUERTE DE UN POETA

Quedaste prisionero entre la nada,
en esta despiadada singladura.
Ya no puedes soñar y tu figura,
sucumbe a la sangrienta dentellada.

Has perdido sin tregua la jugada,
y en tu frente serena la cordura.
La vida sin piedad. La desventura
te conduce a la eterna madrugada.

Se ha quedado sin luz tu pensamiento,
sin sueños tu profunda fantasía.
Gélida la cadencia de tu aliento.

Has dejado tu suave melodía,
un amargo y terrible desaliento,
y el eco soñador de tu poesía.

DÍA DE GÓNGORA EN LA REAL ACADEMIA

Crepúsculo sonoro. Sementera.
Verdor resplandeciente en la llanura,
la luz se desvanece con mesura
dejando en el ambiente su solera.

¡Oh cálices de flor en primavera!
Letrillas que nos llenan de frescura
e impregnan tremulosas de ternura
las tardes del estío en la ribera.

¡Oh céfiro fragante! Melodía
que llena el corazón de sentimiento
y el alma de pasión y desafío.

Tus versos son la pura fantasía,
dejaste en su penumbra el desaliento
que ahora nos produce escalofrío.

A DON LUIS DE GÓNGORA

En el 377 aniversario
de su fallecimiento.

Fuiste como la luz libre y radiante,
y un noble soñador de sinfonías.
Sufriste incomprensión y no sabías
que fuiste sin velero navegante.

Nos dejaste tu espíritu anhelante,
los ecos de las santas letanías,
que en hermosos sonetos convertías
con tu estilo sonoro y elegante.

Te ofrezco con respeto mi homenaje,
ante el sepulcro donde estás dormido
rindiendo pleitesía a tu linaje.

Junto al Betis las míticas praderas,
donde sigue tu nombre ennoblecido
entre la soledad de las riberas.